

Gabriel Arriarán

FRONTERA PIRATA

LA HISTORIA DEL CAMPAMENTO DE MINERÍA ILEGAL
MÁS GRANDE Y PELIGROSO DE LA AMAZONÍA



Gabriel Arriarán

***FRONTERA
PIRATA***

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Frontera pirata

©2019, Gabriel Arriarán

Corrección de estilo: Teo Pinzás

Diseño de portada e interiores: Giancarlo Salinas

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.

Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar.

Lima-Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: abril 2019

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-4431-20-3

Registro de Proyecto Editorial: 31501201900800

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2019-10105

Impreso en Cecosami S.A.

Calle 3 Mz. E Lote 11 - Urb Santa Raquel, Ate Vitarte.

Lima 3 - Perú

www.cecosami.com

Lima – Perú, febrero 2020

PRIMERA PARTE

1

Grandes bloques de cemento y aluminio despintados y enmohecidos por el smog del transporte público afean las calles por las que una legión de vendedores ambulantes en carretillas vocea sus pregones. Venden turrones, cebiches y papas sancochadas y sazónadas con huacatay. Las mismas chinganas y cantinas de mala muerte siguen abiertas, siguen cobrando entre tres y cinco soles por una botella de cerveza. Siguen también las tiendas de ropas multicolores y las chicas, enfundadas en ajustados pantalones interpelan a la gente con frases hechas: «Amigo, ¿un modelito para su novia? Tenemos tallas». En Lima hay más plata, pero nada parece haber cambiado. Todo sigue igual. Es la misma ciudad cobarde para amar, cobarde para decir la verdad, cobarde para aceptar a los demás como son. Ñoña, brutal como una adolescente engreída. A los limeños nunca les interesó lo que pasa más allá de sus límites. Veo por primera vez funcionar la Línea 1 del metro por encima del óvalo Higuiereta. «Esto parece una ciudad asiática», pienso.

En noviembre de 2013, cuando inicié la investigación que dio origen a este libro, con treinta y siete años, no sabía qué estaba haciendo con mi vida. A lo largo de lustros enteros había venido coleccionando los más raros documentos históricos. La academia y la influencia del anarquismo me habían llevado

a desperdiciar los mejores años de mi juventud vagando entre los sueños teóricos de la filosofía política: Hobbes, Althusser, Foucault, Arendt, Canetti, Agamben, y muchas de las etnografías que se escribieron desarrollando las ideas que pensadores como ellos habían engendrado. Y me había perdido.

Había vuelto, tras largos años fuera estudiando en el London School of Economics (LSE). Tan solo un par de años antes había ingresado al doctorado de Antropología de la Universidad de Oxford. El ingreso a Oxford parecía la oportunidad de una vida, pero no de la mía. Me había bastado un par de horas de conversaciones con los que serían mis profesores en el campus de la universidad para comprender que cinco o seis años después de sufrir con la escritura académica y la depresión, mucha depresión, me graduaría como un académico igual que ellos. No había duda sobre eso.

Nunca decliné formalmente a la oferta que llegó a mi casa, en Londres, para cursar con ellos los estudios doctorales. Un día me llamaron por teléfono de la universidad a preguntarme y le dije a la secretaria que no la hacía. Así fue. No fue por canchero, ni por gil. Les voy a ser sincero: fue por miedo. No hay nada más peligroso para un escritor que la vida en la universidad. Es demasiado cómoda, te hace perder el tiempo en las intrigas cortesanas por el control de los departamentos. Tu vida se convierte en eso. Te facilita abandonar la lucha por la supervivencia, y, con ella, abandonas también la lucha por la escritura. Temí acabar como un algodoncito. Tuve miedo de perder el tiempo masajeando a los profesores que podrían ayudarme a conseguir una beca. La idea de convertirme en un kinesiólogo profesional, siempre presto a ponerme unas rodilleras y deslizarme bajo un escritorio, siempre dispuesto a trabajar pasándole la lengua a un cretino por un año sabático con goce de haber, me aterraba. De allí iba a salir

convertido en un académico, en una babosa, en una puta, o en un pelotudo, en cualquier cosa menos en un escritor.

No hubiera querido volver a Lima, una ciudad a la que aborrezco sin ambages, a la que había dejado bien empaquetada en el pasado, y de la que no extrañaba absolutamente nada. Pero había vuelto, y dieciocho meses después de volver, estaba atascado. No había hecho nada que valiera la pena.

Pasaba de una relación esporádica a otra. Me encerraba en la biblioteca del Regatas a escribir proyectos que nunca terminaba, literatura sobre todo, huyendo de cualquier trabajo estable que pudiera presentármeme. Vivía en casa de mi madre, a base de consultorías esporádicas para algunas ONG que nada tenían que hacer con lo que realmente me interesaba: preparaba estrategias de comunicación para proyectos mineros, investigaba sobre los usos sanitarios de las letrinas en la selva, o las cadenas de valor del tarwi y la papa en pueblos como Chuquibambilla o Zurite. No quería un trabajo fijo, pero al mismo tiempo era incapaz de abandonar unos cachuelos que no me conducían hacia lugar alguno. Y además tenía que tramitar mi divorcio.

Una mañana, en un arranque de inocencia, mi mamá se había sincerado. Si rompía el matrimonio civil, ella podría mover sus hilos en el arzobispado para que el papa dejara también sin efecto el matrimonio religioso.

—Tu matrimonio nunca llegó a consumarse —me dijo.

¿Qué había querido decir? No me atreví a preguntárselo. Supongo que no había logrado una real y sincera relación de pareja con la que fue mi esposa. Un incómodo pensamiento se me cruzó por la cabeza. Algo hizo clic aquel día.

Tenía que salir de esta ciudad del orto. Tenía que salir de la casa de mi vieja, abandonar mis chambas episódicas, a mis novias eventuales, y lograr, por una vez, que la obsesión que

me había acompañado casi media vida, por fin, engendrarse algo concreto. Hacer lo único que pensé que valía la pena hacer en el Perú al volver de Londres, y luego de Barcelona: escribir un libro sobre Madre de Dios.

2

El tiempo apenas parece haber pasado por la edificación del hostel Moderno: las paredes entabladas, los suelos de madera curada con petróleo, las habitaciones cerradas por fuera con un candado, esperando a que sus inquilinos regresen a pasar la noche en camas de palo y colchones desfondados y almohadas amarilladas por el sudor. Y un balcón con vista hacia el río más hermoso del mundo.

En la sala de este hostelito, hace trece años, había visto el que seguramente es el hecho político más revelador de nuestra historia contemporánea, uno en el cual nos negamos sistemáticamente a vernos reflejados. Porque nada de esto habría pasado si no fuésemos lo que somos, si hubiéramos sido capaces de aprender algo, cualquier cosa.

En la recepción de este hospedaje de quinta categoría, un televisor repetía obsesivamente las imágenes de la vergüenza. Sobre la mesa, en la salita de una oficina, fajos de billetes se desparramaban con descaro. «Te gusta la plata», bromeaba Vladimiro Montesinos con el corrupto. Pero era una broma que más parecía una humillación. Te gusta la plata. Era como mirar a una serpiente seduciendo a un drogadicto con una inyección de heroína. Te gusta la plata, y así Montesinos eyaculaba su inmundicia en la cara de este padraastro de la patria, mientras

el otro se la esparcía con los dedos y la saboreaba con la lengua. Te gusta la plata. La frase hasta sonaba pornográfica. Te gusta... te gusta la plata, ¿no? Concha tu madre.

Trece, catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho años después... Nada. Todo sigue igual, como este hotelito por ejemplo. Yo en cambio no soy el mismo.

En noviembre de 2013, cuando inicié la investigación que dio origen a este libro, había vuelto de vivir unos buenos años en Londres y Barcelona gracias a una beca doctoral. La beca me había permitido pasar todo este tiempo sin tener que trabajar, leyendo de antropología, pero sobre todo literatura en las bibliotecas de Highgate y del London School of Economics. Allí, precisamente, en el vestíbulo de la biblioteca del LSE, había atestiguado cómo un grupo de estudiantes de Economía y Finanzas se reunía absorto frente a la tele a escuchar de un presentador de la CNN cómo se les iba a escapar de las manos su futuro profesional de aspirantes a millonario, así como se escapa la arena de un puño cerrado. Era la mañana negra y fría de un lunes de octubre de 2008, y todas las bolsas del mundo se habían derrumbado. Lehman Brothers acababa de anunciar su quiebra y era como si por breves instantes a este grupo de niños ingleses, europeos y norteamericanos, a estos hijos de magnates indios, saudíes, latinoamericanos o africanos (Saif al Islam Gadafi, el hijo de Gadafi, entre ellos), los hubieran forzado a sentir por primera vez lo que el resto de la humanidad siente cotidianamente: que en cualquier momento todo se puede ir a la mierda. Game over, mate.

Aquel mismo día el precio del oro comenzaba a dispararse y muy lejos de allí, es decir, aquí, a unos cuántos kilómetros del hostel Moderno, un desastre más real comenzaba a cocinarse.

En el año 2000, en el hostel Moderno, Daniel fue la primera persona a la que conocí, además del administrador y su ayudante.

Era algo menor que yo, tendría entonces unos diecinueve o veinte años. Había llegado a casa de una tía o un tío a trabajar en algún negocio de la familia. Al parecer no lo trataron bien y por eso había ido a alojarse al hostel. Como yo, era de Lima; y más específicamente, Daniel era de La Victoria. Tenía esa picardía tan característica de los de su barrio. Durante dos meses se había recurseado vendiendo ropa, camisas y blue jeans. Varias veces lo vi, las perchas al hombro, empapado en sudor, caminando por la León Velarde. Ganaría unos cuantos soles al día, lo suficiente para pagar el hotel y su comida, y para ahorrar para el pasaje de vuelta a Lima. Aunque no daba la impresión de que Daniel quisiera irse, porque la pasaba realmente bien en la ciudad.

El restaurante del hostel lo llevaban una mujer y su hijo de doce años (que una vez me ganó una partida de ajedrez), ambos de Mazuko. Al padre se le suponía en Huepetuhe, trabajando en el oro. A él lo conocí varias semanas después de que me hubiera instalado en el hostel Moderno. El hombre se apareció sin un centavo a pedir dinero a su mujer. Y no pasó mucho tiempo antes de que desapareciese con las mismas. Daniel lo vio una noche, borracho, en uno los puticlubs de las afueras de Puerto Maldonado, pero no comentó nada hasta que, dos o tres tardes después, un camión se estacionó en la puerta del hostel. Yo me desperté de la siesta con los gritos y los insultos destemplados que cruzaban la señora del restaurante y el administrador del alojamiento. Ruidos de golpes en las paredes, el sonido de las cachetadas a la mujer y a su niño. Al bajar a la sala encontré a la señora y a su hijo desalojando sus bártulos de la cocina.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Daniel.

—Este hijo de puta empeñó las cosas de la tía con el dueño del hostel, y ahora el tarado no tiene la plata para pagarle.

¿Te animas a leerlo completo?

CLICK AQUÍ